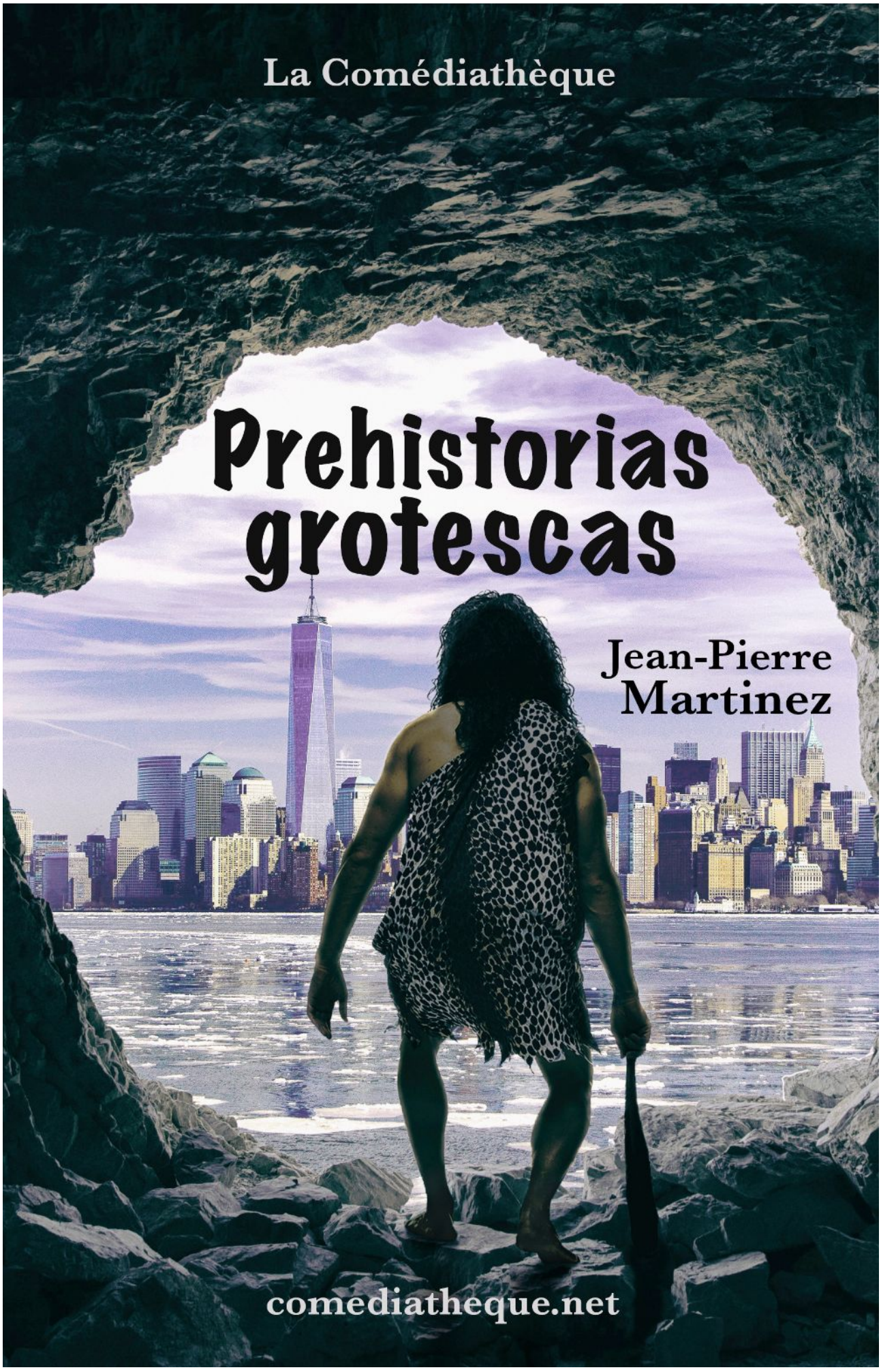
La Comédiathèque
Prehistorias grotescas
Jean-Pierre Martinez
comediatheque.net

**Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/**

Prehistorias grotescas

Jean-Pierre Martinez

En una posible prehistoria que quizá aún esté por llegar, sapionces y nandertales conviven en armonía. Pero si hay dos especies humanas, ¿no sobra al menos una?

Personajes

Ken : el jefe
Rac : el guerrero
Aki : el cazador

Zora : la artista
Mika : la cocinera
Kéa : la manitas

Eduardo : el nandertal
Beatriz : la nandertal

© La Comédiathèque

ACTO 1

Kea, vestida con una piel de animal, está haciendo agujeros con un sílex en un objeto que no se distingue bien. Llega Mika, ataviada de forma parecida y muerta de frío, con un haz de leña.

Kea – Parece que hace frío ahí fuera.

Mika – Me pregunto si no estaremos entrando en otra glaciación.

Kea – Menos mal que tu hombre acaba de regalarte un abrigo de pieles.

Mika – Voy a encender el fuego. Así entraremos en calor.

Kea asiente con la cabeza.

Kea – Mira, he traído unos sílex.

Mika – En fin, tengo que ponerme con la comida...

Kea – ¿Qué tenemos de comer?

Mika – Aki ha salido de caza. A saber qué trae...

Kea – Espero que no sea otro mamut. Estoy hasta las narices. ¿Tú no?

Mika – Lo malo del mamut es que matas uno y te pasas un mes comiéndolo para desayunar, comer y cenar.

Kea – Podrían fabricarlos más pequeños. Sería mucho más práctico.

Mika la mira, perpleja.

Mika – ¿Y tú? ¿Qué andas tramando?

Kea le enseña el cráneo en el que está trabajando.

Kea – Es el cráneo de la Yaya. Le estoy haciendo agujeros para utilizarlo de colador.

Mika – Muy bien... *(Pausa.)* Oye, ¿quién era la Yaya?

Kea – ¡La madre de Papá! La atropelló una manada de uros al salir de la cueva.

Mika – Ah, sí, es verdad... Ni me acordaba.

Kea – Así nos acordaremos de la Yaya cada vez que usemos el colador.

Mika – Eres demasiado sentimental, Kea...

Kea – ¡Y mira qué collar me he hecho con sus dientes!

Mika – ¡Qué bonito!

Kea sonríe.

Kea – Y cuando muera Papá, ¿también nos lo comeremos?

Mika – ¿Y por qué no?

Kea – No sé... Me da un poco de cosa comerme a los muertos. Sobre todo si son de la familia.

Mika – Es la tradición.

Kea – Es verdad... Así siguen formando parte de nosotros.

Mika – Exactamente.

Kea – Cuando alguien se muere, nos reunimos para recordarlo alrededor de una buena comida... mientras lo masticamos.

Mika – Y al menos ese día no hay que romperse la cabeza pensando qué hacer de comer.

Kea – Zora dice que así también absorbemos el alma de nuestros seres queridos.

Mika – Bueno, eso me cuesta más creérmelo...

Kea – Ahora que lo pienso... ¿No nos habremos comido ya a Papá?

Mika – ¿Ah sí?

Kea – Hará un año o dos...

Ken, jefe del clan, aparece vestido como los demás, pero con un adorno que señala su rango, por ejemplo un tocado.

Ken – Me está entrando un hambre... ¿Qué hay de comer?

Mika – Aki aún no ha vuelto de cazar, Gran Jefe...

Ken – Cada vez escasea más la caza...

Mika – Y eso que Zora nos prometió que sus pinturas del fondo de la cueva harían volver a los mamuts.

Kea – Y que darían suerte a los cazadores.

Mika – Pobre Aki... Espero que no le haya pasado nada...

Kea – ¿No decías que yo era una sentimental?

Mika – ¿Qué?

Kea – Tú también te preocupas cuando tu hombre tarda en volver de cazar... Aunque la verdad es que está para comérselo.

Mika – ¡No seas gafe, Kea! Preferiría que no fuera nuestro almuerzo.

Ken – Al menos tendríamos algo que echarnos a la boca.

Mika – Bueno, que se me echa el tiempo encima...

Mika se agacha a recoger la leña. Ken se fija en su trasero y le pone una mano encima.

Ken *(con aire cómplice)* – Te ayudaré a encender el fuego, Mika. Así me entretengo mientras esperamos...

Mika – Pero Gran Jefe... ¿Y Aki?

Ken – ¡Aki se ha ido de caza! Y ya sabes lo que dicen...

Mika – No.

Ken – ¡El que se va de caza pierde la plaza!

Mika – No conocía ese refrán...

Ken – Normal, ¡acabo de inventármelo! Alguien tendrá que inventar los refranes.

Mika – Bueno... Hasta luego, Kea.

Kea – Eso, id a avivar la llama...

Ken y Mika salen. Aparece Zora, vestida como los demás, pero con cierto aire de zombi y cubierta de amuletos.

Kea *(sobresaltándose)* – ¡Qué susto, Zora! ¿Cómo van esas pinturas?

Zora – Casi he terminado. ¡Va a ser una maravilla!

Kea – ¿Qué representa?

Zora – Ahora estoy en mi etapa de pintura de animales. Sobre todo pinto escenas de caza.

Kea – ¡Más te valdría ir a cazar que embadurnar las paredes de la cueva! El arte no llena el estómago.

Zora – No entenderéis nunca el arte rupestre. ¡Yo trabajo para la posteridad!

Kea – La posteridad... Menos mal que no vamos nunca a esa parte de la cueva. Imagínate que tuviéramos invitados.

Zora – ¡Si nunca tenemos invitados! Y cuando viene alguien a cenar, normalmente acaba siendo el plato principal.

Kea – Sí, no te falta razón.

Zora – ¿Y si organizamos una inauguración? Podríamos invitar a los vecinos.

Kea – ¿Una inauguración?

Zora – Una pequeña recepción. Para enseñar mis obras.

Kea – Claro... ¿Y de paso venderlas?

Zora – Con el tiempo podrían revalorizarse.

Kea – ¿Y qué se llevarían los compradores? ¿Una pared entera de nuestra cueva?

Zora – Tienes razón... Quizá debería cambiar de soporte.

Kea – ¡Pinta sobre cráneos! Así por lo menos no manchas las paredes.

Zora – ¡Qué buena idea! Podría llamarlos naturalezas muertas. ¿Quedan cráneos?

Kea – Teníamos el de la Yaya, pero lo he convertido en un colador.

Llega Aki, el cazador, arrastrando un cuerpo por los pies.

Kea – ¿Qué demonios es eso?

Aki – Digamos que ha sido un accidente de caza.

Zora y Kea se inclinan sobre el cuerpo.

Zora – Vaya... Podría aprovechar el cráneo.

Kea – Este no es de los nuestros.

Zora – Es una nandertal... Al Jefe no le va a hacer ninguna gracia.

Kea – ¿Cómo ha pasado?

Aki – La he confundido con un mono grande.

Zora – Bueno, cierto parecido sí que tienen, pero...

Kea – ¿Qué lleva en la mano?

Aki – Una cesta de setas...

Aki deja la cesta en un rincón. Regresa Ken, colocándose la ropa, seguido de Mika, algo despeinada.

Ken – ¿Qué pasa aquí?

Aki se queda mirando, desconcertado, el aspecto desaliñado de Ken y Mika.

Aki – Yo podría preguntar lo mismo...

Ken – Sí, pero yo pregunté primero.

Zora – Tenemos un pequeño problema, Gran Jefe...

Kea – Ha confundido a una nandertal con un mono.

Aparece Rac, de aspecto belicoso y con un hacha al cinto.

Rac – ¿Pero los nandertales no son monos?

Zora – No exactamente...

Ken *(inclinándose sobre el cadáver)* – ¡Joder, Aki! ¡No me digas que has hecho esto!

Aki – Bueno, de lejos... No es tan fácil distinguirlos.

Ken – ¡Como si no tuviéramos ya bastantes problemas!

Rac – Bien hecho, Aki. ¡Hay que darles su merecido a esos monos!

Ken – Puede que sean monos, pero no les hará gracia que hayamos matado a uno de los suyos. Es humano...

Rac – ¡Pero no son humanos!

Ken – A mí esos nandertales no me dan buena espina...

Rac – ¡Hay que atacar primero! ¡Son unos degenerados!

Ken lo agarra por la piel y lo fulmina con la mirada.

Ken – ¿Quieres cerrar el pico? ¡No me dejas pensar!

Rac – Perdón, Jefe...

Ken – Hasta ahora habíamos conseguido convivir en paz. No vamos a echarlo todo a perder por un simple accidente de caza.

Aki – O sea que, técnicamente, ¿es un homicidio involuntario?

Zora – ¿Y si llegáramos a un acuerdo amistoso?

Ken – ¿Un arreglo?

Rac – Con esos monos...

Ken – Bueno, de momento vamos a comer. Tengo tanta hambre que no puedo pensar.

Mika – Con todo esto ni siquiera he preparado la comida. ¿Qué hacemos?

Todas las miradas se dirigen al cadáver de la nandertal.

Mika – Si queréis, la hago a la parrilla. Así variamos.

Kea – Y se hace en un momento.

Ken – A estas alturas...

Rac – Para mí, poco hecha. La última vez estaba carbonizada.

Kea – Para mí, al punto.

Zora – Cuando acabéis de comer, ¿me reserváis el cráneo y los omóplatos? Quiero pintar unos frescos portátiles.

Oscuro.

ACTO 2

Ken, Rac, Aki, Mika, Kea y Zora terminan la barbacoa improvisada. Ya casi solo quedan huesos. Se limpian ruidosamente la boca con la manga.

Kea – Pues el nandertal no está nada mal...

Aki – Sabe un poco a pollo.

Zora – Sí, como a pavo...

Mika – El secreto está en la cocción. Con un chorrito de grasa de mamut, queda tiernísimo.

Rac – Si no, se queda bastante seco.

Aki – Y con setas combina muy bien.

Zora – Es verdad, nunca se nos ocurre ponerle setas.

Ken – Espero que esta barbacoa no nos dé un disgusto...

Una pausa.

Kea – En principio, no deberíamos comernos a los vecinos.

Rac – Bueno, Jefe, ¿qué hacemos con esos monos? ¿Vamos a por ellos?

Ken – No sé... Los nandertales son unos degenerados, pero también son muy listos.

Rac – Listos como monos...

Aki – Entonces, ¿qué propones, Gran Jefe?

Ken – Propongo convocar el consejo del clan.

Momento de desconcierto.

Kea – Pero si ya estamos todos aquí, Gran Jefe.

Ken – ¿Todos? ¿Y los demás?

Kea – ¿Los demás?

Ken – Antes éramos más, ¿no?

Mika – Nos comimos a los demás, Jefe...

Nuevo silencio incómodo.

Ken – Bien, declaro abierto el consejo. Zora, has examinado las entrañas de esa nandertal. Hasta te las has comido. ¿Qué nos aconsejan los dioses?

Zora – Los dioses recomiendan evitar los conflictos vecinales, Gran Jefe. Y organizar una gran inauguración para reconciliarnos.

Rac – ¡Pero si acabamos de comernos a una de su especie! ¡Menuda manera de llevarse bien con los vecinos!

Kea – Es un asunto serio, Jefe...

Mika – No es como despertar a los vecinos un domingo al amanecer cortando el césped.

Ken – Entonces, ¿qué hacemos?

Zora – Podríamos ofrecerles algo como compensación.

Rac – ¡Ya puestos, una indemnización por daños y perjuicios!

Zora – Un cuadro de gran valor, por ejemplo.

Aki – Mejor algo para comer.

Ken – Aunque se parezcan mucho a los monos, dudo que les basten dos o tres plátanos. Al fin y al cabo, ha muerto alguien...

Rac – ¡Pero si no son personas!

Ken lo fulmina con la mirada nuevamente y se calla.

Zora – No, habría que hacer un gesto mucho más importante...

Ken – ¿Un racimo de plátanos?

Zora – Me temo que eso no bastará para calmarlos, Gran Jefe...

Ken – ¿Un platanero?

Kea – ¿Quedan plataneros por aquí?

Aki – No desde la última glaciación.

Rac – Y, sin embargo, aún quedan monos...

Se quedan pensando un momento.

Ken – Por cierto, ¿era macho o hembra?

Rac – Una mona.

Mika – Ya decía yo que estaba tierna.

Ken – ¿Y si les entregamos a una de nuestras mujeres a cambio?

Mika – ¿Una mujer?

Aki – Nos hemos comido a una hembra...

Rac – Pero si apenas nos quedan mujeres...

Aki – Apenas una por cabeza.

Rac – Y eso contando a Zora.

Zora – ¿Los nandertales son caníbales?

Aki – ¡No pertenecemos a la misma especie! Si se comen a una de nuestras mujeres, técnicamente no sería canibalismo.

Mika – Bueno, no nos pongamos a discutir por una palabra...

Ken – Si les entregamos una mujer, tampoco tienen por qué comérsela.

Rac – Que hagan con ella lo que quieran.

Mika – ¡Qué detalle!

Aki – ¿Y a cuál les damos?

Rac – ¿A Kea?

Aki – ¡Ni hablar! ¡Es la única que cocina medio bien!

Zora – ¿A Mika?

Ken – ¡No! Es la única que sabe hacer bien el... *(Aki lo fulmina con la mirada.)* La única que sabe encender el fuego.

Una pausa.

Mika – ¿Y por qué no les entregamos a uno de los hombres?

Ken – ¿Un hombre?

Kea – Nos hemos comido a una mujer, pero eso no impide que les demos un hombre. Al contrario.

Aki – ¿Por qué al contrario?

Mika – ¿No se supone que un hombre vale más que una mujer?

Rac – ¿Y qué?

Kea – Pues así salen ganando. Seguro que se les pasa el enfado.

Zora – Además, hombre o mujer, la carne es carne.

Ken – Y si entregamos a un hombre, habrá más mujeres para los que nos quedemos.

Zora – Qué punto de vista más masculino...

Ken – Bien. ¿Voluntarios?

Silencio.

Ken – ¿Aki?

Mika – ¡Es el único que sabe cazar!

Rac – ¡Pues vaya cazador! Confunde un mono con una nandertal. ¡Todo esto es culpa suya! Sería de justicia...

Ken – Pero entonces no tendríamos nada que comer.

Zora – ¿Rac?

Ken – Si la cosa se pone fea con los nandertales, necesitaremos su capacidad de disuasión.

Mika – Y además es el único que sabe hacer bien el a... la guerra, quiero decir.

Zora – Bueno, ¿qué otra opción queda?

Todas las miradas se vuelven hacia Ken.

Ken – Os recuerdo que soy el jefe del clan.

Rac – Ya nos hemos enterado...

Ken – ¿Perdón?

Rac – No, no, nada, Gran Jefe...

Se oye desde fuera una voz femenina chillona y de acento muy pijo.

Beatriz – ¿Hay alguien? ¿Estáis ahí, sapionces?

Todos los miembros del clan se quedan inmóviles.

Ken – ¿Esperábamos a alguien a cenar?

Kea – No...

Aki – Deben de ser ellos...

Zora – ¿Quiénes ellos?

Mika – ¡Los nandertales!

Rac – Mierda...

Ken se levanta, algo incómodo, para recibir a la visitante.

Ken – ¡Sí, sí, aquí estamos! Pase, pase, está abierto...

Entra Beatriz, con un atuendo futurista, como un mono de aspecto tecnológico.

Beatriz – ¡Hola, hola! ¿Qué tal estáis, sapionces? Espero no haberos despertado.

Kea – Perdone el desorden... Si hubiéramos sabido que venía visita...

Beatriz – Disculpadme a mí por interrumpir vuestra comida familiar del domingo.

Ken – Siéntese, por favor. Después de todo, no somos unos salvajes.

Beatriz duda dónde sentarse y acaba tomando asiento.

Mika – ¿Ya ha comido?

Kea le lanza una mirada desaprobadora.

Beatriz – Íbamos a hacer un pícnic, pero no quisiera molestaros...

Kea – Lamentamos muchísimo este desgraciado incidente, señora.

Beatriz – ¿Ya sabéis a qué he venido?

Ken – Estamos dispuestos a llegar a un acuerdo satisfactorio para ambas partes.

Beatriz – Es muy amable por vuestra parte, pero...

Ken – Haremos cuanto haga falta para preservar la buena relación entre nuestras dos especies.

Aki – Si hace falta, hasta pediremos perdón.

Ken – Díganos qué desea. Para nosotros serán órdenes.

Beatriz queda impresionada ante tanta solicitud.

Beatriz – Vaya... Muchas gracias por vuestra colaboración. Estoy conmovida. Veréis, mi marido y yo paseábamos por el bosque y buscábamos un rincón tranquilo para echar un polvo...

Kea – ¿Querrá decir para hacer un pícnic?

Beatriz – Eso también. En fin, mandé a mi suegra a buscar setas mientras preparábamos la mesa. Y desde entonces no sabemos dónde se ha metido.

Los sapionces se quedan helados.

Ken – Créame, señora, nos apena muchísimo saberlo.

Aki – Aunque, por supuesto, no tenemos nada que ver con esa desaparición.

Zora – ¿En qué podemos servirla?

Beatriz – No la habréis visto por casualidad, ¿verdad?

Ken – ¿Y cómo es su suegra?

Beatriz – Pues... una suegra normal y corriente.

Ken – ¿Alguien ha visto a la suegra de la señora?

Los demás simulan no saber nada.

Beatriz – Quizá se haya caído en un agujero...

Aki – Por aquí hay unos cuantos...

Beatriz – O puede que se la hayan comido las fieras...

Kea – Por desgracia, también es posible.

Zora – O quizá haya probado unas setas alucinógenas y esté corriendo medio desnuda por el bosque, gritando que se acerca el fin del mundo.

Beatriz – ¿De verdad? Pues a mí me encantaría verlo...

Rac – Con las setas hay que saber lo que se hace.

Beatriz – Por cierto, ¡qué bien huele aquí!

Mika – Sí... Hemos hecho una barbacoa. Con setas, precisamente.

Aki – Pero estas eran comestibles.

Beatriz – Tenéis razón... Una vida sencilla, una alimentación sana... A veces me pregunto qué nos ha aportado realmente la civilización a los nandertales. *(Le suena el móvil y contesta.)* ¿Eduardo? No, estoy en la cueva, con los sapionces... Voy a colgar, que aquí casi no hay cobertura... ¿Vienes? Muy bien, hasta ahora. *(Guarda el móvil.)* Perdonad. Si algún día volviera a vivir como una bestia, como vosotros, lo primero que tiraría sería el móvil.

Ken – ¿Seguro que no quiere probar...?

Beatriz – Qué amables sois... No me puedo resistir. ¿Me permitís?

Kea – Por supuesto...

Beatriz coge un trozo de carne y lo prueba.

Beatriz – ¡Delicioso! Tiene un ligero sabor a caza. ¿Qué es?

Aki – Pavo...

Beatriz – ¡Vaya! No sabía que os habíais dedicado a la ganadería. Creía que seguíais siendo cazadores-recolectores.

Kea – Es pavo salvaje.

Aki – Mika, ¿puedes retirar la mesa?

Mika recoge los huesos y se los lleva fuera de escena. Se oye otra voz, esta vez masculina.

Eduardo – Beatriz, ¿estás por aquí?

Beatriz – Sí, cariño, ¡aquí estoy con los sapionces!

Entra Eduardo, vestido de forma parecida a su mujer.

Eduardo – Empezaba a pensar que también habías desaparecido tú... Señoras, señores, ¡buen provecho!

Beatriz le entrega su trozo de carne asada.

Beatriz – Han hecho una barbacoa. Está de muerte. Toma, prueba.

Eduardo da un bocado.

Eduardo – Oh, sí... Exquisito. Aunque tiene un sabor fuerte... ¿Es carne algo pasada?

Beatriz – Pero ni rastro de tu madre...

Eduardo – Ya aparecerá. *(Mira el lugar con condescendencia.)* Qué sitio tan encantador. Muy pintoresco, ¿verdad, Beatriz?

Beatriz – Muy auténtico. ¿Nunca habéis pensado en montar una casa rural? Tendría muchísimo éxito.

Eduardo – Un fin de semana en una cueva. Sería de lo más divertido.

Beatriz – Y ganaríais un dinerillo para disfrutar de las comodidades modernas. ¡Hasta podríais compraros un televisor!

Eduardo – Pero ya sabes, cariño, que nuestros amigos sapionces son un poco reacios a evolucionar...

Beatriz – Aunque el progreso no siempre es bueno. A veces también me gustaría vivir medio desnuda como vosotros, comer carne cruda en una cueva insalubre y fornicar en familia.

Eduardo – Perdonadla. Será el aire puro...

Mika regresa.

Mika – ¿Pasamos al salón?

Zora – ¿Y si os enseño mis pinturas rupestres?

Eduardo – ¿Pintáis en las paredes?

Beatriz – ¡Qué interesante!

Eduardo – Y qué moderno.

Rac *(aparte, a Ken)* – ¿Y si nos los comemos también? Me he quedado con hambre.

Ken *(aparte)* – No podemos comernos a cualquiera con quien tengamos un pequeño conflicto vecinal.

Zora – Seguidme, por favor...

Kea – Están al fondo de la cueva.

Salen. Oscuro.

ACTO 3

Regresan los sapionces y los nandertales.

Beatriz – No, es precioso... Muy... muy colorido, ¿verdad, Eduardo?

Eduardo – Sí, muy... ¿Esto es arte primitivo?

Beatriz – ¡Por supuesto que es arte primitivo! ¿Qué va a ser?

Eduardo – Desde luego, muy cavernícola.

Zora – ¿De verdad os gusta?

Beatriz – Tendríais que exponer, de verdad.

Eduardo – O abrir una galería. Aunque, claro, los cuadros están pintados en las rocas...

Ken – Pues a nosotros no nos ha servido de mucho para cazar.

Aki – Desde ese punto de vista, la verdad es que no...

Beatriz – Nos habríamos llevado uno o dos para el salón, pero no se nos ocurrió traer un martillo neumático.

Eduardo – Nunca te acuerdas de meter un martillo neumático en la mochila cuando vas de pícnic. Una pena.

Zora – También pinto en cráneos, si os interesa. Y en omóplatos.

Beatriz – ¿De verdad?

Eduardo – Hablando de eso, todavía no hemos encontrado a mi madre...

Beatriz – Ah, sí, casi me había olvidado de ella.

Eduardo – ¿Y si se ha perdido buscando setas en alguna de estas cuevas?

Beatriz – Normal, si no conoces el terreno... ¡Es enorme!

Eduardo – Y está todo a oscuras.

Beatriz – Deberíamos ponerle un localizador GPS a la suegra. Para evitar disgustos.

Eduardo – Todos estos pasadizos que no se acaban nunca...

Beatriz – Como un tubo digestivo gigantesco.

Eduardo – Bueno, primitivos, no es que nos aburramos aquí...

Beatriz – Sí, tampoco queremos molestaros más.

Eduardo *(dirigiéndose a los sapionces)* – ¿Y si nos llevamos uno a casa?

Beatriz – Pero, Eduardo, ¡son frescos! ¡Están pintados directamente en la pared!

Eduardo – ¡Me refería a un sapionce! Esta noche lo asamos en la barbacoa del jardín. Reconozcámoslo, Beatriz: lo nuestro no son los pícnics en el bosque.

Beatriz – No sé, cariño... La barbacoa hace mucho humo. Y los olores... No quisiera tener problemas con los vecinos.

Los sapionces se miran, horrorizados.

Mika – ¿Vosotros también sois caníbales?

Kea – ¡Y nosotros que os creíamos civilizados!

Aki – Que, viniendo de nosotros, tampoco es un cumplido.

Beatriz – ¡Por favor! Si ni siquiera somos de la misma especie...

Eduardo – Así que, técnicamente, no sería canibalismo.

Rac – Eso llevo diciéndoles desde el principio.

Eduardo – Para nosotros, al fin y al cabo, solo sois carne.

Kea – ¿Habéis oído alguna vez hablar a un trozo de carne?

Zora – ¿Y pintar unos frescos maravillosos en las paredes?

Eduardo – Tampoco vamos a ponernos sentimentales.

Beatriz – Vamos, no os pongáis como niños. Sed razonables.

Eduardo saca un arma futurista, parecida a una pistola láser, y apunta a los sapionces.

Eduardo – ¿A cuál nos llevamos, cariño?

Beatriz *(señalando a Mika)* – Esa parece bien rellenita.

Eduardo – Quizá demasiado grasa... Ya sabes, por el humo y los vecinos... *(A los hombres.)* ¿Y un macho?

Beatriz – ¡Sí, por qué no!

Mika – Eso mismo os decía antes...

Eduardo apunta con el arma a Aki.

Aki – ¡Un momento, nandertales! Hay un pequeño inconveniente...

Beatriz – ¿Qué inconveniente?

Mika – Su suegra... No va a volver con las setas.

Eduardo – ¿Mamá?

Beatriz *(al ver la cesta vacía)* – ¡Dios mío! ¡Es la cesta de mimbre de mi suegra!

Aki – Fue un accidente...

Mika – Un accidente de caza, para ser exactos.

Rac – La confundimos con un macaco.

Beatriz – Es triste, pero tenía que pasar algún día. Reconócelo, Eduardo: tu madre se parecía bastante a un macaco.

Eduardo – ¡Dios mío!

Beatriz – Una vez la llevamos al zoo y los cuidadores no nos dejaban sacarla. ¡Tuvimos que hablar con el director! ¿Estáis seguros de que ha muerto?

Ken – Completamente. Se lo aseguro.

Eduardo – ¡Estos sapionces son unos animales! Y nosotros que estábamos a punto de asar a uno...

Beatriz – Yo quería mucho a mi suegra.

Eduardo – Estoy destrozado...

Beatriz – ¿Podemos recuperar al menos sus restos?

Kea – ¿Para la barbacoa de esta noche?

Eduardo – ¡Para darle sepultura!

Beatriz – ¡Pero si no somos caníbales! Os lo hemos dicho mil veces.

Ken – Por supuesto...

Mika – Es que ahí surge un problemilla...

Rac – Unos cuantos...

Eduardo – ¿Qué pasa ahora?

Mika – No va a ser fácil recuperar el cuerpo.

Beatriz – ¿Y eso por qué?

Rac – Nos hemos comido a la vieja.

Eduardo – ¿Os habéis comido a mi madre?

Rac – No tenía mucha carne, pero estaba bastante buena.

Mika – Y vosotros también la habéis probado.

Eduardo – Ah... Ya veo...

Beatriz – ¡Lo sabía! La carne me había parecido un poco correosa.

Eduardo – Te agradecería que no hablaras de mi madre como si fuera carne.

Beatriz – Perdona, Eduardo...

Zora – Si ahora os coméis a uno de nosotros, después de que nosotros nos hayamos comido a una de los vuestros, en cierto modo os estaríais comiendo vuestra propia carne.

Kea – De hecho, ya habéis empezado.

Beatriz – Muy considerado por vuestra parte recordárnoslo...

Ken – Así que eso sí sería canibalismo. Como lo nuestro.

Kea – Ya casi somos de la misma especie.

Aki – Por fusión y absorción, como suele decirse.

Beatriz – Debo reconocer que tiene su lógica. Bueno, Eduardo, ¿qué hacemos?

Eduardo – Nos llevaremos uno de todos modos. De recuerdo.

Beatriz – ¿Uno de qué, cariño?

Eduardo – Un sapionce.

Beatriz – ¿Recuerdo de qué?

Eduardo – ¡De mi madre!

Beatriz – ¡Ah, claro!

Oscuro.

ACTO 4

Cambio de escenario. Estamos en el loft de los nandertales. Hay cuadros de inspiración prehistórica en las paredes. Eduardo y Beatriz están en el sofá, y Ken y Mika, tumbados a sus pies como animales de compañía. En un rincón hay un pequeño árbol de Navidad.

Beatriz – Qué buena idea fue traer a estos sapionces a casa.

Eduardo – Ahora que no está mi madre, nos hacen compañía.

Beatriz – Que Dios la tenga en su gloria.

Eduardo – Aunque se pasan el día durmiendo...

Beatriz – Mejor que tu madre, desde luego.

Eduardo acaricia con cariño la cabeza de Mika.

Eduardo – Solo les falta hablar.

Beatriz – Pero si hablan, ¿no?

Eduardo – Es verdad... Antes hablaban. Cada vez menos, ¿no te has fijado?

Beatriz – Desde luego, menos que tu madre.

Eduardo – ¿Y por qué duermen tanto? A lo mejor se aburren...

Beatriz – Claro, tener sapionces en un piso no es lo ideal...

Eduardo – Por suerte nos llevamos una pareja.

Beatriz – ¿Crees que se reproducirán en cautividad?

Eduardo – Lo dudo.

Beatriz – ¿Por qué?

Eduardo – He castrado al macho.

Beatriz – Ah, conque era eso... Ya me extrañaba.

Eduardo – ¿Qué?

Beatriz – No, nada...

Eduardo – Y pensar que estuvimos a punto de comérnoslos...

Beatriz – Es una tontería, pero les hemos cogido cariño.

Eduardo – Ahora se me haría raro encontrármelos en el plato.

Beatriz – Por cierto, ¿qué hora es?

Eduardo – Casi las diez.

Beatriz – ¡Dios mío! ¡Ya es hora de la cena de Nochebuena!

Eduardo – Si no, llegaremos tarde a la misa del gallo.

Beatriz da unas palmadas para despertar a los sapionces.

Beatriz – ¡Vamos, arriba, sapionces! ¡Es la hora de la sopa!

Eduardo – ¿Vamos a cenar sopa?

Beatriz – Es una forma de hablar, Eduardo. Con ellos intento usar palabras sencillas para que me entiendan.

Ken y Mika se desperezan y se levantan.

Eduardo – La ventaja respecto a las mascotas normales es que estos nos preparan la comida.

Beatriz – Y, si me permites decirlo, cocinan mucho mejor que tu madre.

Eduardo – Hasta nos hacen compañía en la mesa. Cada vez menos, eso sí...

Beatriz – Bueno, os encargáis de servir la cena, sapionces. Nosotros vamos a arreglarnos para Nochebuena.

Eduardo y Beatriz salen. Ken y Mika empiezan a poner la mesa.

Ken – Nunca me acuerdo: ¿el tenedor va a la derecha o a la izquierda?

Mika – Depende...

Ken – ¿De qué?

Mika – De si son diestros o zurdos.

Ken – ¿Son diestros o zurdos nuestros amos?

Mika – Ella es diestra y él zurdo, creo.

Ken coloca los cubiertos de una manera.

Mika – Espera... Creo que es al revés. Él es diestro.

Ken cambia los cubiertos de sitio. Entonces se fija en uno de los cuadros.

Ken – ¿Te acuerdas de cuando vivíamos todos juntos en la cueva?

Mika – Cada vez menos...

Ken – ¿No lo echas de menos?

Mika – Aquí por lo menos tenemos calefacción. La nevera siempre está llena y la cocina tiene de todo.

Ken – Pero a veces echo de menos el aire libre...

Mika – Y aquellas grandes comidas familiares... cuando moría un pariente.

Ken – O había un accidente de caza.

Mika – Me pregunto qué habrá sido de los demás.

Ken – Ya éramos pocos...

Mika – No supimos evolucionar. Ese fue nuestro problema.

Ken – Ya, pero fíjate en los nandertales. ¿Adónde los ha llevado la evolución?

Mika – El problema de la evolución es que al final siempre acaba en decadencia.

Ken – Desde luego. ¡Esos nandertales están completamente degenerados! Ayer la hembra intentó abalanzarse sobre mí en el baño. ¡Y eso que ni somos de la misma especie!

Mika – Ellos serán unos degenerados y unos zoófilos, pero somos nosotros sus mascotas.

Ken – Prefiero «animales de compañía». Suena menos humillante.

Mika – Si necesitan mascotas es porque se aburren como ostras.

Ken – Nosotros no nos aburríamos nunca, ¿te acuerdas?

Mika – Siempre teníamos algo que hacer...

Ken – Solo evitar morirnos de hambre ya era un trabajo a jornada completa.

Vuelven Eduardo y Beatriz, arreglados para la fiesta y con adornos de cotillón.

Beatriz – ¿Está todo listo para la fiesta?

Mika – Ya podemos sentarnos a la mesa.

Eduardo – Qué buena pinta tiene todo. ¿Esto qué es?

Ken – Setas.

Beatriz – Otra vez habéis puesto mal el tenedor.

Beatriz cambia los cubiertos de sitio.

Eduardo – Algo tendrá que distinguirlos de nuestra especie superior...

Los cuatro se sientan a comer en silencio. Los dos nandertales juegan con sus accesorios de cotillón, intentando animarse, mientras los sapionces los miran indiferentes. Pronto los nandertales se aburren.

Eduardo – Bueno, sapionces, ¿qué nos contáis para entretenernos?

Mika – Nada.

Beatriz – ¿Cómo que nada?

Ken – Es que con vosotros nos aburrimos muchísimo.

Mika – No tenemos nada que contaros.

Ken – Si seguimos así, acabaremos olvidando cómo se habla.

Beatriz – Qué graciosos son, ¿verdad?

Eduardo – Graciosísimos.

Beatriz – Es como si fueran nuestros hijos...

Eduardo – Podríamos adoptarlos.

Suena el timbre.

Beatriz – ¿Quién será a estas horas?

Eduardo – ¿Mi madre?

Beatriz – ¡Tu madre está muerta! ¡Se la comieron!

Eduardo – ¿Unos amigos?

Beatriz – ¡También se han muerto todos!

Eduardo – Ah, es verdad...

Beatriz – Somos los últimos nandertales.

Eduardo – ¿Papá Noel?

Beatriz – Sabes perfectamente que Papá Noel no existe.

Eduardo – No digas eso delante de ellos. Estoy intentando inculcarles unas nociones de metafísica.

Beatriz – Voy a abrir.

Se levanta y abre la puerta.

Beatriz – ¡Vosotros! ¡Qué sorpresa! Eduardo, son los sapionces. ¡Han venido a pasar la Navidad!

Entran Aki, Rac, Kea y Zora, cargados de regalos como los Reyes Magos.

Eduardo – ¿Qué hacéis aquí?

Aki – Buscábamos un capón y un pavo para asar, así que hemos aprovechado para venir a desearos feliz Navidad.

Beatriz – Qué detalle, aunque no hacía falta que trajerais regalos...

Eduardo – Y nosotros sin prepararos nada... Qué apuro.

Beatriz – A ver, ¿qué es esto?

Eduardo y Beatriz abren sus regalos.

Eduardo – ¡Un hacha de piedra tallada!

Beatriz – ¡Un dinosaurio de peluche!

Eduardo – Muchísimas gracias, de verdad.

Beatriz – Nos habéis emocionado...

Eduardo – Me recuerda aquella tarde tan estupenda que pasamos en vuestra cueva. *(A Zora.)* ¿Sigues pintando?

Zora – ¿Por qué no venís a pasar la Navidad con nosotros? ¡Os enseñaré mis últimas obras!

Eduardo – Qué amable, pero...

Beatriz – A estas alturas, volver a la vida salvaje... no sé yo.

Mika – Bueno, pues no os molestamos más...

Eduardo – Podéis llevaros a estos dos, si queréis. Total, no dan conversación.

Beatriz – Os los podéis comer en Nochevieja.

Aki – ¡Pues feliz Navidad!

Eduardo – ¡Adiós!

Salen los sapionces. Eduardo y Beatriz se quedan solos.

Eduardo – ¿Y ahora qué? ¿Abrimos el gas?

Beatriz – Mejor encendemos la televisión.

Eduardo – Tienes razón. Es más seguro...

Eduardo enciende el televisor.

Beatriz – ¿Qué ponen?

Eduardo – Un documental sobre la extinción de los últimos telespectadores.

Se desploman lentamente en el sofá. Vuelven Ken y Mika, seguidos de los otros cuatro sapionces.

Mika – Seguro que les han sentado mal las setas.

Ken – ¿Vamos a dejar aquí toda esta comida?

Mika – Sería una pena desperdiciarla...

Oscuro.

ACTO 5

Una mezcla de los dos decorados anteriores: una cueva a modo de portal de Belén, con un árbol de Navidad en un rincón y un televisor en el otro. Los sapionces están comiendo.

Ken – Bravo, Mika. Estaba delicioso.

Kea – Sí, en su punto. De hecho, voy a repetir.

Rac – Aprovechad, porque son los últimos. Esa especie acaba de extinguirse.

Aki – Sí, ahora somos la especie superior.

Zora – ¿Y de qué han muerto los nandertales?

Mika – De aburrimiento. Se murieron viendo la televisión.

Ken – Si no conseguimos librarnos del todo de la teoría de la evolución, al menos debemos desconfiar de este aparato diabólico.

Rac – Cuenta con nosotros, Jefe. Haremos lo imposible por seguir vegetando, como hasta ahora.

Kea – Qué alegría volver a celebrar la Navidad todos juntos, en familia. Como antes...

Se oye llorar a un bebé.

Mika – A este intentaremos no comérnoslo. Si queremos que la especie tenga futuro...

Ken – Este niño no se parece nada a mí. ¿Estás segura de que es mío, Mika?

Mika – ¿Y por qué no iba a serlo?

Ken – Hace un año Eduardo me llevó al veterinario para una «pequeña intervención sin importancia». Cuando desperté, ya no tenía testículos.

Aki – Pues no parece obra del Espíritu Santo...

Kea – A lo mejor es hijo de Papá Noel.

Mika – O de Eduardo.

Kea – ¿Pero no decíamos que los sapionces y los nandertales eran especies distintas y no podían cruzarse?

Mika – Se habrán equivocado al clasificarnos...

Zora – ¡O será un milagro!

Vuelve a oírse llorar al bebé.

Ken – Me da que este niño divino nos va a dar mucho la lata.

Siguen comiendo mientras miran la televisión, como hipnotizados.

Rac – ¿De qué hablan en la tele?

Ken – De la reaparición de los dinosaurios.

Kea – Entonces se habrá terminado la glaciación.

Mika – Sí, esto huele a calentamiento global.

Aki – ¿Creéis que se acerca el fin del mundo?

Kea – ¿El fin de la historia?

Zora – En cualquier caso, es el fin de esta prehistoria.

Oscuro.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
¡Espera, mariposa!
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual. Toda falsificación es punible con condena de hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón – Mayo 2023

ISBN 978-2-37705-941-6

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.